

## **SE UN HOMBRE. Un espacio para la reflexión sobre lo masculino.**

Antonio García Domínguez

El siglo XX ha sido el de la revolución femenina. En este tiempo la mujer, quizás junto con la tecnología, ha sido el motor decisivo de la vertiginosa transformación que ha sufrido el mundo. Su lucha ha sido y está siendo, dura, prolongada y llena de dificultades pero, también, repleta de satisfacciones y avances, tanto personales como sociales. Impresiona comparar la situación de las mujeres hace apenas cien años con la que disfrutan ahora. Me refiero al llamado primer mundo porque en el resto del globo, lamentablemente, impera la desigualdad hasta límites traumáticos.

El proceso de liberación de la mujer ha removido los cimientos de toda nuestra sociedad. Hemos tenido que cambiar nuestros pensamientos, valores y hábitos desde el trabajo hasta nuestro propio hogar. Visto desde ahora, el camino recorrido ha sido enorme.

Pero, ¿Qué pasa con nosotros?. ¿En qué nos afecta a los hombres, como género, todo esto?. Por regla general, el hombre ha sido un sujeto pasivo de este proceso. Ha visto, estamos viendo, los grandes cambios que se están dando e intentamos asumirlos lo mejor que podemos. La mayoría de las veces ni siquiera lo logramos y lo hacemos a medias o demasiado tarde.

Tan concentrados hemos estado en defendernos de las acusaciones y de los efectos de los cambios, tan ocupados doliéndonos por los privilegios perdidos o, más bien, y este es uno de los primeros temas a discutir, de los “supuestos privilegios” perdidos, que se nos ha olvidado lo más importante; nuestra propia revolución.

Tantos cambios nos han producido vértigo y muchas sensaciones más: desorientación y pérdida, inseguridad, rencor, culpabilidad, victimismo y un tan largo etcétera que necesitaremos bastantes ediciones de esta ventana a la reflexión para desmenuzarlos. En este proceso avanzaremos poco a poco. Los temas a tratar irán desde las etiquetas o “dichos” que nos han determinado desde la infancia, lo que podríamos denominar la *alienación masculina* hasta nuestra nueva relación con las mujeres, pasando por el poder, el sexo o la nueva significación de ser padres.

En todos una reflexión que servirá como denominador común; la naturaleza de la pendiente revolución masculina.

### **La revolución masculina**

Cuando las mujeres se enfrentaron a su situación, vieron que las grandes conquistas debían producirse, principalmente, en el ámbito de lo social: el mundo del trabajo, la política, la familia, etc. En medio una maraña de dificultades, las pioneras de la lucha feminista contaron con dos circunstancias a su favor; la primera, que los problemas y sus causas eran fácilmente identificables y, la segunda, que la lucha que tenían pendiente era contra la injusticia y la desigualdad y, por tanto, de conquista de nuevas posiciones y estatus sociales.

La alienación femenina era importante y esto hacía que muchas mujeres, aún hoy ocurre, no fueran conscientes de su discriminada situación. Pero una vez que una mujer daba el paso hacia la toma de conciencia sobre la injusticia de la que era víctima, todo jugaba a favor para que se mantuviera como luchadora, más o menos activa, del movimiento pro liberación de la mujer.

En el caso de los hombres la situación es muy distinta. Para empezar, lo excepcional, cien años después, es que alguno de nosotros sintamos la necesidad de tomar conciencia de

algo, es decir, que haya siquiera tema sobre el que pensar, discutir, posicionarse, unirse y trabajar. La posición oficial de los hombres es la de hacerse los fuertes ante todo y ante [tod@s](mailto:tod@s). Naturalmente, en éste y en todos los aspectos de la vida, los resultados son nefastos. Pero, ¿por qué se da esta gran dificultad para identificar el problema?.

Podría resumirse en que nuestro ego no nos permite ver nuestras miserias. Educados, como estamos, para la competitividad y la búsqueda de la perfección, no sabemos ni podemos, identificar nuestros problemas, aquellos puntos que no andan como se supone que debieran hacerlo. En realidad, nadie nos ha enseñado a mirarnos. De pequeños, ya se nos decía lo que teníamos que hacer, se nos educaba para tener altos valores pero no para los sentimientos y, mucho menos, si estos provocaban inseguridad y pérdida. Eso era de débiles.

La consecuencia es que no sabemos. Por lo general, los hombres carecemos de los mínimos conocimientos y habilidades sobre nuestro mundo interior y la manera en que funcionan nuestros sentimientos. Nuestras incapacidades llegan hasta el punto de tener dificultad para identificar lo que sentimos. Esto es mucho más común de lo que, en buena lógica, podría pensarse. En definitiva, hay todo un mundo que se nos ha escamoteado y que nos hace andar a trompicones por la vida a expensas de los vientos que soplen en cada momento.

A estas incapacidades propias hay que unir un factor externo y objetivo; el problema al que nos enfrentamos no es de la misma claridad y evidencia que el que se enfrentaron, en su tiempo, las féminas. Ellas tenían ante sí situaciones gravísimas de injusticia y discriminación. Todo era muy evidente, las que eran las buenas y los que eran los malos. Así que tan sólo tenían que decidirse a andar por un camino que, aún siendo extremadamente difícil, estaba bien marcado.

En nuestro caso, todo está muy confuso. Para empezar, ¿qué somos; víctimas o culpables?. Continuamente recibimos mensajes, directos o subliminales, que nos hablan de nuestra responsabilidad y culpabilidad por la situación de discriminación que sufren y, sobre todo, han sufrido las mujeres. ¿Es esto correcto?. Evidentemente, en la medida que hayamos servido de correa de transmisión de determinados valores y situaciones de injusticia, la respuesta es que sí.

Pero, ¿quién no ha hecho alguna vez esto?. Todos hemos recibido, desde la cuna, una serie de valores, etiquetas e imposiciones que, en mayor o menor medida y con diferente grado de conciencia, hemos luego transmitido y hecho perdurar. En ese sentido, no conozco a un solo hombre que no haya contribuido, en algún momento de su vida, a favorecer la injusticia que han sufrido y sufren las mujeres en razón de la pertenencia a su género. Pero también puedo decir, con la misma firmeza, que tampoco conozco a ninguna mujer, por concienciada que esté, que en algún momento de su vida, no haya hecho lo mismo. Y si al respecto, miramos a nuestras madres, la mayoría podremos decir que han sido las principales transmisoras de los valores “tradicionalmente machistas”.

Así pues, lo primero que debemos hacer es superar la culpa que nos constriñe sentimiento y entendimiento. Dejando de un lado la culpabilidad conseguiremos avanzar en nuestro proceso personal de identificación de lo que sentimos y por qué lo sentimos. Nos liberaremos de tanto miedo y dolor que nos impide afrontar la realidad. En este camino, la responsabilidad aparecerá como un sano sustituto de la culpa, y como su compañera de viaje, la libertad, pues tomando conciencia de la trascendencia de nuestros actos, y también de las causas que los originan, seremos responsables y plenamente libres.

Un claro ejemplo lo podemos encontrar en los problemas que sufren muchos hombres con sus parejas a causa de la organización y distribución de las tareas domésticas. Por un lado, nos sentimos culpables porque vemos que no cumplimos al mismo nivel que ellas. Pero, por otro, nos revelamos al sentir que se nos imponen formas y ritmos que no son los nuestros,

aunque lamentablemente para nosotros, no tengamos elaborada una alternativa. En realidad, se nos culpabiliza, y nos auto-culpabilizamos, por no tener interiorizado algo que nadie nos ha transmitido. Se nos pide lo que no tenemos o, al menos, aún no tenemos, porque todo se aprende.

Como ya veremos en su momento, este problema, que al llamarse doméstico parece limitado en su trascendencia y orígenes, tiene muchas más implicaciones de lo que parece. Intervienen en él la transmisión cultural de nuestros padres (especialmente madres) con el no aprendizaje de habilidades básicas en este terreno y la consecuente asunción, por nuestra parte, de esquemas mentales erróneos en cuanto a la vida cotidiana que, incomprensiblemente, no incluyen una reserva de tiempo y esfuerzo para el mantenimiento de nuestras necesidades personales.

Nadie nos lo dijo nunca. Se nos permitió vivir en la falacia de que eso no iba con nosotros. Luego, cuando salimos de la casa materna, aparece el lógico intento de prorrogar estos privilegios, al menos en parte. ¡Y nos topamos de frente con la dura realidad de nuestras carencias!. La única vía para solucionar esto es desmenuzar causas y efectos, tomando conciencia de ello y asumiendo nuestra responsabilidad y propósito de cambio interior. A partir de ahí nos sentiremos y seremos un poco más libres.

### **Una revolución interior**

Así pues, la revolución masculina será, fundamentalmente, interior. En nuestro caso hemos de buscar, dentro de nosotros mismos, las parcelas de poder que han de ser conquistadas. En eso, las mujeres nos llevan mucha ventaja, quizás, mucho más de un siglo. Los hombres llevamos tanto tiempo mirando hacia fuera, que hemos olvidado que lo importante está dentro.

Es una aventura a la que estáis todos invitados. Intentaremos abrir una nueva ventana y permitir que la luz invada nuestros encallecidos espíritus.